

y con trémula voz, que desfallece,  
por su amado á los céfiros pregunta.

¡Vas á llegar! Estremecida y muda  
la novia espera en el hogar abierto;  
y con voz formidable te saluda  
el soberbio elefante en el desierto.  
El carro solitario de la Osa  
halla en el mar incógnita guarida,  
y, vencedora al fin, surges radiosa  
¡oh, luz! ¡oh, claridad! ¡oh, soll ¡oh, vidad!

## LAS ALMAS HUÉRFANAS

### I

En las noches de insomnio medroso,  
en el lecho, ya extinta mi lámpara,  
por la sombra, cual niño extraviado  
que no encuentra, y la busca, su casa,  
va llorando, pidiendo socorro,  
por la sombra infinita mi alma.

Desconozco los sitios que cruzo;  
yo no he visto jamás esas caras;  
tienen ojos y á mí no me miran;  
tienen labios y á mí no me hablan.

¡Qué ciudad tan hermosa y tan grande!  
 ¡Cuánta gente por calles y plazas!  
 ¡Cómo corre hervorosa la turba  
 y atropella, derriba y aplasta!  
 Ennegrece los aires el humo  
 que en columnas despiden las fábricas.  
 ¡Qué suntuosos palacios! ¡Qué luces!  
 Y las torres ¡qué altas!, ¡qué altas!  
 Y estoy solo, y á nadie conozco;  
 oigo hablar, y no sé lo que hablan;  
 si pregunto, no entienden y siguen...  
 ¡Oh mis padres! ¡Mi casa! ¡Mi casa!

¿Será sueño? ¿Fué cierto que tuve  
 un hogar, la casita callada,  
 tan alegre, tan fresca por fuera  
 y por dentro tan pura, tan santa?  
 El balcón, siempre abierto de día  
 y cruzado por mística palma,  
 á la luz semejaba decirle:  
 aquí hay dicha y virtud: pasa, pasa.  
 De mi padre el cabello muy blanco  
 y los muros color de esas canas;

en los tiestos muy frescas las rosas  
 y de rosa vestida mi alma.  
 ¡Qué bien sabe, entre risas, la cena!  
 En el lecho albeaban las sábanas  
 y allí el sueño y el beso materno  
 y el tranquilo esperar la mañana!  
 ¿Cómo fué? Yo salí con alguno...  
 La viviente, brutal marejada  
 me arrastró.. Volví luego los ojos  
 y estoy solo... ¡Mi casa! ¡Mi casa!

¡Pobre espíritu, débil, perdido  
 entre gente egoísta y extraña!  
 ¡Pobre ciego que cruzas tocando  
 tristes cosas de amor en tu arpa!  
 Ya no sigas pidiendo limosna,  
 ya no tiendas tus manos heladas,  
 ya no cantes, que nadie te escucha,  
 y en la tierra por siempre descansa.

Estoy solo, en tinieblas: —¡Dios mío!  
 ¡Todo mudo! ¡Mi Dios! ¡Todo calla!

¿También tú, de los huérfanos padre,  
te quedaste, Señor, en mi casa?  
Habrá un Dios para estas ciudades;  
pero no es aquel Dios de mi alma,  
no me oye, no entiende mi lengua,  
y también apartándose pasa.  
¿Que soy otro? ¿Ya no me conoces?  
¿Tal mi cuerpo cambió la desgracia?  
Ah, tú no eres el bueno, ni el mío,  
falso Dios de las gentes extrañas!

Poco á poco la sombra poblaron  
en tropel invadiendo mi estancia  
seres mudos: tan sólo se oía  
el rumor de sus trémulas alas.  
Y después, cual si todos unidos  
consiguieran ligar la palabra,  
que dispersa en brevísimas plumas  
de sonidos deshechos volaba,  
tenue canto de súbito alzaron,  
como el ramo despide fragancia,  
como se une la luz de los cirios  
en el gran candelabro de plata,

y juntando en el aire sus haces,  
claridades intensas derrama.  
Hubo luz en mi noche sombría;  
no era, no, la maldita mi alma;  
sollozaba en la noche, errabunda,  
como triste molécula humana,  
como parte doliente del Todo  
que anda á tientas buscando su casa.

Y las vi, sí, las vi soñadoras...  
¡Eran ellas, mis buenas hermanas,  
las que abrieron los ojos, en cunas  
por el padre, ya muerto, enlutadas,  
y de aquella que dióles la vida  
¡sólo vieron las últimas lágrimas!  
Las que deja el Destino en el torno  
como expósitras tristes; las blancas  
criaturas que el vicio abandona,  
y, viniendo de noble prosapia,  
sienten luego crecer los impulsos  
que guardó el atavismo en su raza.  
Son las hijas de padres muy ricos  
que en miseria dejó la desgracia,

Volar quieren, y tientan convulsas  
el lugar do tuvieron las alas.

¡Llora más, llora más, pena mía,  
por las otras: no estás solitaria!  
En la sombra lo blanco decía:  
¡Oh mis padres! ¡Mis padres! ¡Mi casa!

## II

Tú, poeta de pálido rostro,  
el de húmeda y verde mirada,  
cual teñida con gotas de absintio,  
¿qué pediste al Señor? —Esperanza.--  
A tu lado Mimí, juguetona;  
la mantilla andaluza flotaba;  
y en sus góndolas áureas salían  
deslumbrantes los *Cuentos de Italia*.  
Apurando la copa de ajeno  
¿qué pediste? —¡Esperanza! ¡Esperanza!

Ese es el filósofo austero;  
veces mil por la angosta ventana,  
por la ojiva del templo, le vieron  
de rodillas las luces del alba;  
mas tocaron clarines de guerra,  
convocó la Verdad á batalla  
y la fe de aquel pecho creyente  
se alejó como ave asustada.  
Quiso al templo volver; ¡pero en vano!  
A Jesús busca siempre; le ama,  
como se ama la rosa marchita  
que de amores pasados nos habla;  
con amor de recuerdo, muy triste,  
como luz vacilante de lámpara,  
con ternura de hijo que besa  
un retrato, un rosario, una lápida.  
Labró en mármol la hermosa capilla  
donde yace el Jesús de su infancia,  
y quisiera decirle: ¡En ti creo,  
sé mi Dios y levántate y anda!  
Pero el Cristo, ¡qué exangüe! Sus ojos,  
¡qué apagados! Su frente, ¡qué pálida!  
Ya no tiene más sangre su cuerpo  
para dar fuerza nueva á esa alma.  
Pide al arte el filósofo austero

una fresca, mullida almohada,  
 duerme á veces y grita en el sueño:  
 ¡Oh mis padres! ¡Mis padres! ¡Mi casal

Y tú, italo de tétrico aspecto,  
 amador de la musa pagana,  
 tú, nacido á gozar como Ovidio  
 en el coro gentil de las gracias,  
 y clavado, infeliz Prometeo,  
 en la cruz, para pasto de águilas;  
 tú, que en torno á tu roca no viste  
 las piadosas oceanidas blancas,  
 ¿qué dijiste á la vida, poeta?  
 —Te aborrezco por dura y por mala.  
 ¡Oh fortuna! Por dicha no engendro.  
 ¡No te ayudo!—¿Qué pides?—¡La nada!

Mas también ¡oh, poeta!, sentias  
 de otra luz, de otra fe la nostalgia;  
 eras tú para Grecia; en las naves  
 de la Chipre riente soñabas;  
 en las rosas de Jonia; en las ninfas  
 que desnudas riendo besaban;  
 en los dioses que fueron tan bellos;

en lo vivo que ahora es estatua,  
 y también sollozando decías:  
 ¡Oh mis dioses, mi Atenas, mi patrial

Como arcángel de negra armadura;  
 retorcida, fulmínea la espada,  
 gladiador en el suelo caído,  
 no de frente, no inerme, de espalda,  
 endereza su busto apolíneo  
 apoyado en la mano que sangra  
 el cantor de la ira, y osado  
 con el cielo impasible se encara.  
 La blasfemia forceja en su boca,  
 es de acero su aguda mirada  
 que á cruzarse tal vez con el rayo  
 en certera actitud se prepara.  
 Ha caído, la tierra quemóle  
 como bruja infernal una planta,  
 mientras gráciles, leves reían  
 en alígera tropa las hadas.  
 Ha caído. ¿Qué pide?—La muerte,  
 el selvático potro que arrastra  
 á Mazzeppa infeliz en la selva,

para huir entre espumas de rabia;  
 el barranco, el torrente, la tumba,  
 ¡el puñal de Manfredol ¡Venganzal

Busca á Dios: no le encuentra; iracundo  
 llama al diablo; tampoco le halla;  
 y agoniza, diciendo á clamores:  
 ¡Oh Luzbell! ¡Oh mi Dios, oh mi razal

Y tú mismo, poeta marmóreo,  
 el olímpico, augusto monarca  
 de las quietas regiones en donde  
 se disfruta el placer, no se ama;  
 tú, feliz por amado, y no amante,  
 de las rubias muy rubias, muy blancas,  
 ¡luz!, ¡más luz!—moribundo decías  
 al entrar en la sombra tu alma.

¡Ayl es cierto que todos decimos  
 como Rückert: ¡Dadme alas! ¡Dadme alas!

¡Oh Destino! La lluvia humedece  
 en verano la tierra tostada;  
 en las rocas abruptas retozan,  
 su frescor esparciendo las aguas;  
 pero el hombre de sed agoniza,  
 y sollozan las huérfanas almas:  
 ¿Quién nos trajo? ¿De dónde venimos?  
 ¿Dónde está nuestro hogar, nuestra casa?